

## estudios

### TENDER PUENTES ENTRE MUNDOS

MARTIN MAIER, SJ\*

#### Resumen

*«Padre Puente». Así me llamó cariñosamente una vez Monseñor Gregorio Rosa Chávez, obispo auxiliar de la diócesis de San Salvador. Con esa acertada metáfora describió lo que ha llegado a ser mi papel entre El Salvador y Alemania en los últimos veinte años. Entré en la Compañía de Jesús en 1979 con una preocupación especial por la justicia en el mundo. Descubrí que la teología que más respondía a esa preocupación era y sigue siendo la teología de la liberación. Al mismo tiempo, me encontré, por medio de un libro, con la persona excepcional del arzobispo Óscar Romero de El Salvador. De ahí nació el proyecto de una tesis doctoral sobre la teología de Ignacio Ellacuría y de Jon Sobrino y de una estancia en El Salvador.*

#### Abstract

*«The Bridging Father». So did Monsignor Gregorio Rosa Chávez, auxiliary bishop of the San Salvador diocese, once affectionately call me. This apt metaphor described how my role had ended up being divided between El Salvador and Germany over the past twenty years. I joined the Society of Jesus in 1979 with a special concern for justice in the world. I discovered that the theology that best tackled that concern was and still is the theology of liberation. At the same time, I came across with the exceptional Archbishop Óscar Romero of El Salvador by means of a book. Out of this ensued a doctoral thesis on the theology of Ignacio Ellacuría and Jon Sobrino as well as a stay in El Salvador.*

#### 1. Una historia que ha transformado mi vida

Llegué a El Salvador por primera vez el 1 de septiembre de 1989, y fue Jon Sobrino quien me recibió muy cordialmente. Me sentí sumamente feliz por estar en el país de Monseñor Romero. Las primeras semanas fueron para mí una peregrinación constante. Visité los lugares más importantes de su vida y su obra: la catedral todavía inconclusa, en cuya nave lateral se encontraba por entonces el sepulcro de Romero; la capilla del hospital, en la que fue asesinado y donde también tenía su humilde vivienda; la tumba de Rutilio Grande, cuyo asesinato había sido decisivo para la transformación de Romero.

La misma importancia tuvieron para mí los encuentros vividos con los pobres de El Salvador en una parroquia llamada Jayaque. Allí trabajaba un equipo de jesuitas y religiosas con Ignacio Martín-Baró en calidad de párroco. Martín-Baró era psicólogo social y Vicerrector

de la Universidad Centroamericana «José Simeón Cañas». El padre Nacho, como le llamaban cariñosamente, pasaba los fines de semana en Jayaque, celebraba la santa misa con las comunidades y acompañaba a los campesinos en su difícil camino entre la opresión y la esperanza. Me invitó a trabajar con ese equipo. Así empezó una historia que ha transformado mi vida.

Fui recibido con mucho cariño, y me acogieron en la comunidad. Durante mi primera misa cantaron para mí una canción sobre Monseñor Romero que dice: «El 24 de marzo, la Iglesia no olvidará que otra vez bañan con sangre al que dijo la verdad». En aquellas circunstancias, de repente cobraron enorme actualidad las lecturas de la Sagrada Escritura, que llegaban incluso a tener un carácter explosivo: «Escuchen estas palabras, ustedes que persiguen a los débiles y oprimen a los pobres...». «Había una vez un hombre rico, que se vestía de púrpura y fino lino y que día a día vivía deliciosamente y en regocijo...». Durante la homilía, ellos mismos establecían la relación con su propia situación: la raíz de su miseria es la injusticia y la explotación. El Dios de estas palabras es un Dios de vida, que toma partido por los oprimidos y defiende su derecho a una vida digna.

El Salvador se encontraba todavía por entonces en medio de una sangrienta guerra civil. El conflicto se agudizó con una ofensiva de la guerrilla en todo el país que empezó el 11 de noviembre de 1989. En la noche del 15 al 16 de noviembre, el Alto Mando de la Fuerza Armada envió a la Universidad Centroamericana una unidad del batallón de elite «Atlacatl», entrenado especialmente en Estados Unidos, con la orden de asesinar a Ignacio Ellacuría y no dejar con vida a ningún testigo. En la mañana del 16 de noviembre, en el jardín que había delante de la casa de los jesuitas yacían, con las cabezas destrozadas, Ignacio Ellacuría, Segundo Montes, Ignacio Martín-Baró y Amando López. En la casa se encontraron los cadáveres de Juan Ramón Moreno y Joaquín López y López. La cocinera Elba Ramos y su hija Celina también murieron, porque en esa noche habían buscado refugio en la vivienda de los jesuitas, debido a los combates callejeros.

En el funeral, celebrado el 19 de noviembre, me tocó leer una carta que los campesinos de Jayaque habían escrito al padre Nacho y que decía: «Oh Señor, gracias por el tiempo que el Padre Nacho nos concedió al compartir nuestras vidas, por las huellas marcadas por su bondadoso corazón. Tú que eres justo y santo, tú que eres la suprema bondad y sabiduría, nos has dejado recuerdos tan grandes y hermosos que el tiempo no borrará. En un día 16 de noviembre su alma emprendió el vuelo eterno que se lo llevó al cielo. Era el tesoro más grande de nuestro pueblo. Transidos de dolor, pero con resignación, a nuestro Creador lo entregamos».

Fue al final de esta misa cuando ellos me «nombraron» sucesor de Ignacio Martín-Baró. Era difícil, y al mismo tiempo una gracia, caminar con las comunidades de Jayaque en medio de amenazas e intimidaciones que nos hacían revivir algo del misterio de la muerte y la resurrección de Jesús. «Padre Nacho, estás vivo en la comunidad»: así decía un corrido compuesto poco después del 16 de noviembre. La gente de Jayaque fortaleció mi fe con su incommovible testimonio religioso. Parafraseando unas palabras de Romero, puedo decir: «He conocido a Dios más profundamente porque he conocido al pueblo de Monseñor Romero».

Cuando se acercaba la fecha de mi regreso a Alemania, sentí cuánto me había encariñado con la gente y que, precisamente por ello, no quería irme. En Jayaque había encontrado la perla preciosa y el tesoro en el campo, y estaba dispuesto a dejar todo lo demás. En alemán, la expresión «romper los puentes» corresponde a la española «quemar las naves». Estaba dispuesto a quemar las naves. Si en ese tiempo hubiera tenido que decidir quedarme el resto de mi vida en El Salvador y no volver nunca más a mi tierra, me habría quedado. Pero mi provincial jesuita de entonces me convenció de que hoy, en la época de la llamada «globalización», es más importante trabajar entre mundos, es decir, tender puentes entre mundos, que quedarse en uno de los lados.

Al volver a Alemania me costó mucho, en primer lugar, acostumbrarme al mundo de la abundancia. Claro que era para mí una gran alegría ver, después de casi dos años, a mis familiares y amigos. Pero me di cuenta de que las cosas habían cambiado mucho. Sentí en mi propia carne las contradicciones espantosas que caracterizan a nuestra época: por un lado, la miseria en que vivía la mayoría de mis amigos de Jayaque; por otro, gente en Alemania que se gastaba más de cien mil dólares en un coche de lujo. Es cierto que esta contradicción marca también la realidad en el interior de El Salvador, con una pequeña minoría super-rica, mientras la mayoría de la gente vive en la pobreza. Pero todavía es más grande el escándalo en un nivel global. Hay una brecha profunda entre una quinta parte de la humanidad que puede dar la vida por supuesta y dos terceras partes de la humanidad que tienen que luchar diariamente para sobrevivir. Jean Ziegler dice, con razón, que cada niño que muere de hambre muere asesinado. El problema del hambre en el mundo podría resolverse. Lo que falta es voluntad política para ello.

Otra experiencia gratificante fue que el mundo de los pobres tiene una connaturalidad mucho mayor con el evangelio que el mundo de la abundancia. Metafóricamente hablando, tuve la impresión de que en El Salvador la semilla del sembrador del evangelio ha caído en tierra fértil. Sin embargo, en Europa buena parte del suelo parece empedrado. Pero, poco a poco, fui cayendo en la cuenta de que tenía que adaptarme nuevamente al contexto europeo. Dios quiere salvar también a los ricos, pero su salvación tiene que pasar por la conversión. Es muy llamativa en este sentido la historia de Zaqueo en el evangelio: al encontrarse con Jesús, se convierte y comparte su riqueza con los pobres.

Pronto me llegaron invitaciones a dar conferencias, mantener entrevistas y escribir artículos sobre mis experiencias en El Salvador. De esa manera, entré en la dinámica del puente: contar lo que pasa al otro lado, en la otra orilla, establecer intercambios... Con los honorarios y donativos que me dieron financié un pequeño proyecto de becas que habíamos fundado en Jayaque. Mi convicción es que los cambios a más largo plazo solamente se pueden lograr por el camino de la educación y la capacitación. Hace poco, celebramos los veinte años de este proyecto con una bonita fiesta.

En colaboración con la facultad de teología de la universidad de Graz, organicé en 1992 un simposio sobre la teología de Jon Sobrino en diálogo con teólogos europeos. Resultó especialmente conmovedor el encuentro entre Sobrino y el teólogo checo Oto Mádr, que había pasado muchos años en las cárceles comunistas. Dos cristianos y

teólogos que habían sufrido las consecuencias de la persecución en contextos muy distintos se abrazaron.

Tras mi regreso a Alemania, volví a El Salvador en enero de 1993. Creo que nunca he sentido tanta alegría y consolación al volver a ver a mis amigos. Otra vez me costó mucho regresar. Había terminado mi tesis doctoral, y me cayó encima un compromiso de emergencia: coordiné durante un año y medio la ayuda de los jesuitas alemanes a Bosnia y Croacia en la guerra de la antigua Yugoslavia. A partir de 1994, entré en un nuevo ritmo en mis relaciones con El Salvador: cada año y medio iba a dar un curso de teología durante seis semanas en el departamento de teología de la Universidad Centroamericana. Esto me permitió mantener mis contactos y amistades y seguir el desarrollo de los acontecimientos en El Salvador.

Tender puentes reales presupone grandes esfuerzos, grandes inversiones y muchos conocimientos. En los primeros años me costó acostumbrarme a esta vida entre dos mundos. Y cada vez me costaba más dejar El Salvador y volver a Alemania. A lo largo de los años se estableció un puente más sólido en diferentes niveles. En Alemania asumí el cargo de director de la revista *Stimmen der Zeit* y colaboré con otros medios de comunicación. Esto me abrió el campo para un trabajo periodístico sobre El Salvador y América Latina. A nivel de las parroquias hermanas, serví de cartero y de comunicador. Desde el punto de vista teológico, he podido contribuir algo a un intercambio entre la teología de la liberación latinoamericana y la teología alemana/europea. A continuación quiero desarrollar un poco más estos diferentes niveles y terminaré con una pequeña reflexión teológica sobre el puente.

### *1.1. Puentes periodísticos*

Vivimos en un mundo fascinante y lleno de contradicciones. Por un lado, hay cambios cada vez mayores en dirección a la unificación. Los aviones recorren sin escalas distancias cada vez mayores. Hace veinte años, Iberia, en sus vuelos a América Latina, tenía que hacer escala en Santo Domingo. Hoy hay vuelos directos entre Madrid y San Salvador. Los satélites permiten ver casi todos los programas de televisión en cualquier lugar del mundo. Internet posibilita una comunicación simultánea a través del planeta. Facebook establece comunidades planetarias. No hay duda: el mundo va hacia la comunión y la unificación.

Por otro lado, está creciendo la brecha que separa a los ricos de los pobres de este mundo. Los treinta mil seres humanos que mueren cada día de hambre y de enfermedades curables son un escándalo que clama al cielo. Con razón habla Jon Sobrino de un gran encubrimiento en relación con la situación de la injusticia mundial. Se encubre la realidad de que vivimos en un mundo de víctimas. Como parte del escándalo de la injusticia de nuestro mundo, veo que en los medios de comunicación de los países del Norte casi no se habla de los países pobres, y lo que no se menciona en los medios apenas existe. Si sucede cualquier tragedia en Estados Unidos, los medios de comunicación alemanes lo cuentan inmediatamente. Pero ¿dónde se ha hablado de la tragedia de un autobús en San Salvador, incendiado por miembros de una pandilla el 17 de junio de 2010, con diecisiete personas quemadas vivas? ¿Dónde se ha hablado de los setenta y dos

emigrantes latinoamericanos asesinados a sangre fría en una masacre en la frontera entre México y Estados Unidos el 25 de agosto de 2010?

Estoy convencido de que los medios tienen un papel muy importante en la configuración humana de la globalización. La foto de una niña vietnamita quemada por una bomba de napalm en 1972 despertó la conciencia internacional sobre los horrores de la guerra de Vietnam. El periodismo tiene que hacerse desde la opción por los pobres y las víctimas. Los medios tienen que desenmascarar la injusticia, la violencia y la mentira. A ejemplo del arzobispo Óscar Romero, los periodistas tienen que ser la voz de los que no tienen voz. No es casual que a Monseñor Romero se le concediera el título honorífico de «periodista de los pobres». Y tampoco es casual que siga habiendo asesinatos de periodistas que asumen su profesión en este sentido.

He hablado y escrito sobre El Salvador. He hecho varios programas de radio sobre mártires conocidos, como el arzobispo Óscar Romero y los jesuitas de la UCA, y desconocidos, como los niños de la masacre de El Mozote de diciembre de 1981. He hecho entrevistas grabadas a mis amigos de Jayaque y me he emocionado al escuchar sus voces en una gran cadena de radio de mi país. He acompañado en El Salvador a varios equipos de televisión de Alemania, Suiza, Austria y Estados Unidos. He trabajado de corresponsal para la agencia de prensa católica en varios foros sociales mundiales. Acepto con cierta satisfacción que en Alemania soy considerado un «especialista» en El Salvador y en América Latina, aunque soy muy consciente de las limitaciones de mis conocimientos.

Parte de este trabajo de comunicación entre los mundos ha consistido también en invitar a funcionarios de la embajada alemana a conocer la realidad de la vida de la gente de Jayaque. En algunos casos se han establecido amistades personales gracias a estas visitas. En una visita oficial del presidente Armando Calderón Sol a Alemania, en 1997, convencí al canciller Helmut Kohl para que le hiciera unas preguntas incómodas sobre la situación de los derechos humanos en El Salvador.

### *1.2. Puentes parroquiales*

El concilio Vaticano II, en su constitución dogmática «Lumen Gentium», describió la Iglesia como «sacramento de unidad de todo el género humano». Con su presencia en el mundo entero y con sus redes de diócesis y parroquias, la Iglesia católica dispone de unas condiciones extraordinarias para cumplir esta misión. Una concreción práctica de ello es el hermanamiento entre parroquias de países del Norte y del Sur.

La parroquia de Jayaque ya tenía un hermanamiento con una parroquia protestante alemana de la ciudad de Mülheim antes de que yo fuera a El Salvador. Este vínculo fue importante cuando los militares capturaron a tres de nuestros líderes más comprometidos, poco después del asesinato del padre Nacho. Por medio de Amnistía Internacional, nuestros hermanos de Alemania organizaron protestas contra el gobierno salvadoreño, gracias a las cuales los tres salieron vivos de la cárcel. En 1990 vino una delegación de esta parroquia para manifestarnos su cercanía y su solidaridad. Durante la visita, oí repetidamente a los feligreses de Jayaque estas palabras agradecidas: «No estamos solos».

Después nació otro hermanamiento con la parroquia Skt. Jakobus der Jüngere, de Gersthofen, que puso a su Centro parroquial el nombre de Monseñor Romero. Al adoptar el nombre de Óscar Romero quisieron seguir también su ejemplo en el compromiso por los más pobres. Es claro que un elemento importante de estos hermanamientos es el apoyo financiero. Con esta ayuda se han podido construir templos, comprar un vehículo de doble tracción para la parroquia, llevar adelante un proyecto de becas, y muchas otras cosas más.

A lo largo de los años se han sucedido las visitas de delegaciones de las dos parroquias hermanas a Jayaque. En ambos casos, las visitas no han sido unilaterales, ya que delegaciones de Jayaque también han ido a Alemania. Los puentes se utilizan en los dos sentidos. Para mí fue un momento muy especial cuando pude abrazar a algunos de mis amigos jayaquenses en Alemania. Jon Sobrino describe la solidaridad como «llevarse mutuamente». He encontrado una fórmula feliz para describir lo que puede ser este intercambio: «Nadie es tan rico que no pueda recibir algo, ni nadie es tan pobre que no pueda dar algo».

Un ejemplo particularmente bonito de cómo pueden nacer puentes vivos se produjo en un cantón muy pobre de la costa que se llama El Taquillo. En 1998 celebré una Semana Santa con la comunidad de El Taquillo, y de ahí nació una gran amistad. Cuando puedo, voy a celebrar la santa misa en El Taquillo durante mis estancias en El Salvador. Hace algunos años, invité a Steffi Kainzbauer, estudiante de teología alemana que pasó un año en El Salvador, a que me acompañara en la celebración de una misa en El Taquillo. Se quedó tan impresionada por la pobreza y la acogida tan cordial de la gente de El Taquillo que decidió volver cada fin de semana para encontrarse con los jóvenes. De estos encuentros nació en Alemania un grupo de becas y una asociación «Amigos de El Taquillo». Para mí, esto sigue siendo un ejemplo muy especial de cómo se pueden tender puentes entre los mundos. Desde entonces, El Taquillo tiene nombre y dirección en Internet ([www.taquillo.de](http://www.taquillo.de))

### *1.3. Puentes teológicos*

Karl Rahner propuso una interpretación teológica del Concilio Vaticano II en el marco de una comprensión global de la historia de la Iglesia. Su tesis consistía en afirmar que el concilio Vaticano II es el comienzo «del descubrimiento y la realización de la Iglesia como Iglesia a nivel universal». En el mismo sentido, Johann-Baptist Metz habló de una apertura de la Iglesia eurocéntrica hacia una Iglesia mundial culturalmente policéntrica. Esto tiene consecuencias también en la teología.

He podido tender puentes entre la teología alemana y la teología latinoamericana de la liberación investigando sus influencias mutuas. Uno de mis cursos teológicos lo titulé «Raíces y frutos de la teología de la liberación en la teología alemana». Además, varias facultades de Alemania, Austria y Francia me han invitado a dar conferencias. Organizamos congresos sobre teología de la liberación en Graz, Viena y Tübingen. Se han tendido puentes teológicos y humanos a través de estudiantes de teología de Alemania, Austria y Suiza que han pasado un año de sus estudios en El Salvador. Todos han regresado muy contentos, agradecidos y transformados por ese tiempo de inserción en la realidad salvadoreña y en su teología.

Un evento particularmente interesante es una escuela de verano que organicé, junto con la teóloga austriaca Martha Zechmeister, para un grupo de veinticuatro estudiantes de teología de Alemania, Suiza y Austria. Seguimos las huellas de los mártires en El Salvador: los conocidos, como Monseñor Romero, Rutilio Grande y los mártires de la UCA, y los menos conocidos, como los niños de El Mozote. En Alemania y en Austria se ha formado una nueva red de teólogos y teólogas que buscan nuevos caminos para hacer teología desde la opción por los pobres.

Un ejemplo importante de solidaridad internacional entre teólogos se dio con ocasión de la notificación de la Congregación para la Doctrina de la Fe contra la cristología de Jon Sobrino en marzo de 2007. Tanto Peter Hünermann, de Tübingen, como Bernard Sesboüé, de París, salieron en defensa de la teología de Jon Sobrino. Me produce una cierta satisfacción haber podido contribuir algo a ello.

He participado en los Foros Mundiales «Teología y Liberación» de Porto Alegre y de Nairobi, donde se han reunido teólogos y teólogas de todos los continentes y que han constituido verdaderos laboratorios de una teología de la liberación renovada en la época de la globalización, que tiene que ser una teología que tenga a los pobres y las víctimas como principio y sacramento de humanización; que se funde en los derechos humanos en el amplio sentido de derechos civiles, culturales, sociales y económicos; y que tenga en cuenta también la protección del medio ambiente, el desarrollo sostenible y la utopía de la familia humana y de la mesa compartida.

## **2. Una pequeña reflexión teológica**

En la Biblia, al menos explícitamente, no aparece ningún puente. Sin embargo, muy cercana a un puente es la escala de Jacob mencionada en el libro del Génesis (28,11-19). Por esa escala ascendían y descendían los ángeles del cielo. Fue vista durante un sueño por el patriarca Jacob en su huida después de su enfrentamiento con su hermano Esaú. Una interpretación teológico-cristológica de la escala de Jacob está presente en Juan 1,51: «En verdad, en verdad os digo: veréis el cielo abierto, y a los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del hombre». Según esta lectura, Jesucristo es una nueva escala que comunica el cielo y la tierra, al ser al mismo tiempo hijo de Dios y de los hombres. La metáfora de la escala es muy cercana al puente, por lo que podría formularse como nueva confesión cristológica: «Jesucristo es el puente entre el cielo y la tierra, entre Dios y los hombres, entre lo eterno y la historia».

La idea del puente aparece en forma negativa en la parábola del rico epulón y el pobre Lázaro. Ya en vida, no hay ninguna comunicación entre ambos: Lázaro estaba tendido a la puerta del rico y habría deseado saciarse de lo que caía de su mesa, pero ni siquiera eso recibía. Después de la muerte de los dos, hay un gran abismo que no se puede cruzar entre el cielo, donde se encuentra Lázaro, y el infierno, donde se encuentra el rico. En otras palabras, no hay puente. La ausencia de puente significa falta de comunicación, falta de compartir.

Para terminar quiero hacer una pequeña meditación sobre la Eucaristía en su dimensión de puente. En primer lugar, creo que Jesús en la

última cena estableció un puente material entre él y los suyos. Lo estableció por medio del pan y el vino compartidos. Todos comen del mismo pan y beben del mismo vino, y así están unidos. Pero es más que un puente material. Con las palabras de la instauración de la Eucaristía da un nuevo significado al pan y al vino: es mi cuerpo entregado por vosotros, mi sangre derramada por vosotros. Así, la Eucaristía es un puente vivo con Jesús que trasciende el tiempo y el espacio. La Eucaristía es puente entre las capas sociales; es puente entre las lenguas. La Eucaristía se celebra en casi todas las lenguas de este mundo. En este sentido, es verdaderamente pentecostal. Cada cual oye este evento salvífico en su lengua, pero siempre se trata del mismo evento y del mismo misterio. En la Eucaristía no hay distinción de clases ni de capas sociales. Más aún, los que en el orden de este mundo son los últimos se sientan los primeros a la mesa del Señor.

En la Eucaristía se realiza la utopía de la familia humana, que la encíclica *Populorum progressio* (n. 47) describió de esta manera: «Se trata de construir un mundo donde todo hombre, sin excepción de raza, religión, o nacionalidad, pueda vivir una vida plenamente humana, emancipado de las servidumbres que le vienen de parte de los hombres y de una naturaleza insuficientemente dominada; un mundo donde la libertad no sea una palabra vana y donde el pobre Lázaro pueda sentarse a la misma mesa que el rico (cf. Lc 16,19-31)».



\* Escritor. Munich. <martin.maier@jesuiten.org>.